

C. S. LEWIS, *Los cuatro amores*, Rialp, Madrid 1991, 155 pp., 13,5 x 20.

En 1957 la fundación episcopaliana de radio-televisión de Atlanta (Georgia), le pidió a C. S. Lewis que hablara de algún tema por la radio. Lewis propuso hablar de las diversas manifestaciones del amor humano, porque le pareció que así se podría referir a la totalidad de la ética cristiana. En el verano de 1958 terminó de escribir las diez charlas que se emitirían más tarde por la radio; y ese manuscrito fue la base para *The Four Loves*, que terminó en junio de 1959 y publicó en 1960, tres años antes de su muerte.

Lewis distingue cuatro formas de amor: afecto, amistad, eros y caridad. El objeto del libro es estudiar cómo se relacionan el amor divino con el amor humano, y las distintas clases de amor humano entre sí. A lo largo de la obra va descubriendo los *destellos* que hay de la caridad, del Amor de Dios, en los distintos amores naturales.

La tesis del autor es que los amores naturales, aún siendo realidades de suyo muy buenas, no son autosuficientes, pero es ahí donde reside su verdadera grandeza: «Entregados a ellos mismos desaparecen o se vuelven demonios» (p. 132). Estos amores demuestran que son indignos de ocupar el lugar de Dios, porque ni siquiera pueden permanecer como tales y cumplir lo que prometen sin la ayuda de Dios.

La evaluación teológica de los amores humanos no es tarea fácil «Dios es amor dice San Juan. Cuando por primera vez intenté escribir este libro, pensé que esta máxima me llevaría por un camino ancho y fácil a través de todo el tema. Pensé que podría decir que los amores humanos merecen el nombre de amor en tanto que se parecen a ese Amor que es Dios» (p. 11). El problema es que los amores humanos no siempre tienen las mismas características del Amor de Dios.

Lewis distingue entre lo que llama *amor-dádiva*: el que hace referencia a la entrega desinteresada de la persona a algo o a alguien, y el *amor-necesidad*: el amor interesado que nace de una carencia o de un vacío en la propia persona.

*Amor-necesidad* es el niño que acude a su madre. Sobre todo, este amor es el que caracteriza nuestra relación con Dios: somos esencialmente receptores; por eso la primera forma de amor a Dios es una expresión de nuestra necesidad de Él.

El Amor divino es *Amor-dádiva*, abundancia que quiere dar: «Dios, que no necesita nada, da por amor la existencia a criaturas completamente innecesarias, a fin de que Él pueda amarlas y perfeccionarlas» (p. 140).

Pero, a pesar de ello, no podemos negarle el nombre de amor al *amor-necesidad*. Ambos son genuinas formas de amor: «Dios —afirma Lewis— como Creador de la naturaleza, implanta en nosotros tanto los *amores-dádiva* como los *amores-necesidad*. Los *amores-dádiva* son imágenes naturales de Él mismo; cercanos a Él por semejanza, no son necesariamente, ni en todos los hombres, cercanía de aproximación. Los *amores-necesidad*, hasta donde me ha sido posible verlo, no tienen parecido con el Amor que es Dios, son más bien correlativos, opuestos; no como el mal es opuesto al bien, sino como la forma de una torta es opuesta a la forma de su molde» (p. 141).

Habría por lo tanto, dos modos de *cercanía* a Dios. Una es la *cercanía* por *semejanza* —Dios ha impreso una especie de semejanza de Sí mismo a todo lo que Él ha hecho—; y otra es lo que Lewis denomina *cercanía de aproximación*: «Las situaciones en que el hombre está *más cerca* de Dios son aquellas en las que se acerca más segura y rápidamente a su final unión con Dios, a la visión de Dios y su alegría en Dios» (p. 14). Para ilustrar esto, Lewis recurre a una analogía: «Supongamos que a través de una montaña nos dirigimos al pueblo donde está nuestra casa. Al mediodía llegamos a una escarpada cima, desde donde vemos que en línea recta nos encontramos muy cerca del pueblo: está justo debajo de nosotros; hasta podríamos arrojarle una piedra. Pero como no somos buenos escaladores, no podemos llegar abajo directamente, tenemos que dar un largo rodeo de quizá unos ocho kilómetros. Durante ese *rodeo*, y en diversos puntos de él, al detenernos veremos que nos encontramos mucho más lejos del pueblo que cuando estuvimos sentados arriba en la cima; pero eso sólo será así cuando nos detengamos, porque desde el punto de vista del avance que realizamos estamos cada vez *más cerca* de un baño caliente y de una buena cena» (p. 15).

Al comparar la *cercanía* por semejanza y la *cercanía* por aproximación, vemos que no necesariamente coinciden. Nuestros *amores-dádiva* son semejantes al Amor divino como *cercanía* de semejanza, y entre nuestros *amores-dádiva* «son más semejantes al amor de Dios los más generosos y más incansables para dar» (p. 18), pero esto, por sí solo, no produce *cercanía* de aproximación, es decir, esos amores pueden apartarnos de Dios cuando son desordenados.

Pero «la semejanza es un esplendor», y también por eso podemos confundir semejante con igual: podemos dar a nuestros amores humanos la adhesión incondicional que solamente debemos a Dios, entonces se convierten en dioses: entonces se convierten en demonios. «De este modo se

destruirán a sí mismos y nos destruirán a nosotros; porque los amores naturales que se convierten en dioses dejan de ser amores» (p.18).

Nuestros *amores-necesidad* pueden ser voraces y exigentes, pero no se erigen a sí mismos en dioses. No están tan cerca —por semejanza— de Dios como para pretenderlo. Pero el afecto familiar, la más profunda amistad, se pueden volver venenos cuando no se ordenan al servicio del amor divino.

Esto es tal vez especialmente claro en el eros: Lewis llama eros a una variedad propiamente humana de la sexualidad, que se desarrolla dentro del amor. Al hablar del eros afirma que no subscribe la idea muy extendida de que es la ausencia o presencia del eros lo que hace que el acto sexual sea *impuro* o *puro*, degradante o hermoso, ilícito o lícito: «Dios no ha querido que la distinción entre pecado y deber dependa de sentimientos sublimes. Ese acto, como cualquier otro, se justifica o no por criterios mucho más prosaicos y definibles; por el cumplimiento o quebrantamiento de una promesa, por la justicia o injusticia cometida, por la caridad o el egoísmo, por la obediencia o la desobediencia» (p. 104).

El deseo sexual, sin eros, quiere el placer sexual en sí: un hecho que ocurre en el propio cuerpo, referido a nosotros; el eros quiere a la persona amada, a una persona en particular, no el placer que puede procurar: «Llega a ser casi un modo de percepción y, enteramente, un modo de expresión. Se siente como algo objetivado, algo que está fuera de uno, en el mundo real» (p. 107).

Como en los demás amores naturales, incluso más, en su grandeza está su peligro: «Su hablar como un dios, su compromiso total, su desprecio imprudente de la felicidad, su trascendencia ante la estimación de sí mismo, suenan a mensaje de eternidad» (p. 119). Hay en él una cercanía de Dios por semejanza, pero no, en consecuencia y necesariamente, una cercanía de aproximación. Aunque por supuesto el eros, cuando está ordenado al amor a Dios y al prójimo, puede llegar a ser para nosotros un medio de aproximación a Dios.

El compromiso total característico del eros es un paradigma o ejemplo, inherente a nuestra naturaleza, del amor que deberíamos profesar a Dios y al hombre. En el eros, espontáneamente y sin esfuerzo, cumplimos con la ley —hacia una persona—, de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos: «Es una imagen, un sabor anticipado de lo que llegaríamos a ser para todos si el Amor en sí mismo imperara en nosotros sin rival alguno» (p. 126). El eros borra la distinción entre dar y recibir. En el eros

se ve en la persona que es el objeto del amor una realidad admirable en sí misma, importante mucho más allá de su relación con la necesidad del enamorado.

El acontecimiento de enamorarse es de tal naturaleza que el amante rechaza como intolerable la idea de que pudiera ser transitorio. De esta forma, en un solo salto el eros ha transpuesto el muro macizo de nuestra individualidad: ha hecho del apetito mismo algo altruista, ha echado a un lado la felicidad personal como una trivialidad y ha instalado los intereses de otra persona en el centro de nuestro ser.

Pero el eros puede inclinar tanto al mal como el bien. Es, de todos los amores, el más propenso a demandar nuestra adoración, a convertir el hecho de «estar enamorado» en una especie de religión, que puede llevar con facilidad a justificar cualquier pecado, yendo contra la moral y la virtud: «La pareja puede decirse, el uno al otro, casi con el tono de quien ofrece un sacrificio: *es por causa del amor que he descuidado a mis padres... que he dejado a mis hijos... engañado a mi socio... o fallado a mi amigo en su mayor necesidad*. Sus fieles hasta pueden llegar a sentir que hay un mérito especial en estos sacrificios, porque ¿qué ofrenda más costosa puede dejarse en el altar del amor que la propia conciencia?» (p. 125).

Pero por otra parte, en el eros se da lo que Lewis llama «una broma siniestra», ya que el eros es claramente el más perecedero de nuestros amores: «El mundo atruena con las quejas de su inconstancia» (p. 125). El puro sentimiento erótico es incapaz de «aceptar lo desagradable junto con lo agradable» (p. 127), o ser fiel hasta la muerte.

Así el eros, como los demás amores naturales, necesita ayuda, es decir, necesita ser gobernado: «El dios muere, o se vuelve demonio, a no ser que obedezca a Dios» (p. 127).

El último capítulo del libro Lewis lo dedica a la caridad, relacionando las actividades humanas llamadas «amores» con ese Amor que es Dios.

Los amores naturales están llamados a ser modos de caridad, permaneciendo al mismo tiempo como los amores naturales que fueron: «Nunca nos falta la invitación a que nuestros amores naturales se conviertan en caridad, y la proporcionan esos roces y frustraciones en que ellos mismos nos ponen; prueba inequívoca de que el amor natural *no basta*» (p. 149). Por lo tanto, la necesidad de conversión es inexorable.

La *caridad* es un *don* que nos concede Dios con la gracia, y Lewis distingue tres modos de dársenos el don de la caridad.

Por una parte, Dios comunica a los hombres una parte de su propio Amor-dáviva, que es distinto de los *amores-dáviva* insertos en nuestra naturaleza. El Amor divino es enteramente desinteresado, quiere simplemente lo que es mejor para el ser amado. Este amor hacia los hombres le permite amar incluso lo que no parece naturalmente digno de amor. Pero además, Dios capacita al cristiano para que tenga *amor-dáviva* hacia Él, «lo que es Suyo por derecho, y que no existiría ni por un instante si dejara de ser Suyo (como la canción en el que está cantando), lo ha hecho sin embargo nuestro, de tal modo que podemos libremente ofrecérselo a Él, de nuevo» (p. 142).

La segunda gracia concedida por Dios es un *amor-necesidad* sobrenatural de Él. El pleno reconocimiento, la total y complacida aceptación de la necesidad que tenemos de Dios: «Nos convertimos en *alegres mendigos*» (p. 144); y también un *amor-necesidad* de nuestros semejantes.

Por último, otra gracia que —según Lewis— Dios despierta en el hombre, es un amor apreciativo sobrenatural hacia Él, una amor en cierto modo desinteresado, por el que amamos y adoramos a Dios porque es bueno, digno de ser amado: «De entre todos los dones, éste es más deseable, porque aquí, y no en nuestros amores naturales, ni tampoco en la ética, radica el verdadero centro de toda la vida humana y angélica» (p. 154). Lewis se detiene aquí: «Con esto, donde un libro mejor podría empezar, debe terminar el mío. No me atrevo a seguir» (p. 163). El ensayo no está teológicamente completo, pues sólo describe la caridad, sin tratar de penetrar en la fuente trinitaria del Amor divino.

*Los cuatro amores* es, en definitiva, un libro agudo y profundo, que invita a pensar. Es muy valiosa su fenomenología de los distintos amores naturales, y las reflexiones que le permiten unificarlos y evaluarlos en su relación con el amor divino. Lewis razona siempre desde nuestra experiencia, utilizando como instrumento la razón iluminada por la fe. Uno de sus logros más destacables consiste, sin duda, en haber conseguido una explicación ontológica del amor, capaz de evitar cualquier sentimentalismo.

M<sup>a</sup> Dolores ODERO

R. SCHNACKENBURG, *El mensaje moral del Nuevo Testamento*, Ed. Herder, (Biblioteca Herder. «Colección de Sagrada Escritura» 185 y 186), Barcelona 1989-1991, 2 vol., pp. 323 y 333, 14 x 21,5.